

ta, conserve un recuerdo grato de México, tan grato como lo es el que á su vez deja en quienes supieron admirar su talento artístico, y apreciar sus relevantes prendas personales.”

Puesto que mi libro, reseña sólo la historia del teatro en la Capital, únicamente me queda por decir respecto á Carolina Civilí, que detenida en México por enfermedad de Palau, fué solicitada para algunos teatros del interior, en el que hizo una breve campaña artística á partir del 27 de Octubre del citado año de 1869.

CAPITULO VII

1869.

En la noche del 22 de Agosto de 1869 se dió en el Nacional una función notable á beneficio de la viuda del Maestro mexicano D. Octaviano Valle, en la que después de la pieza *Asirse de un cabello*, siguió un concierto en que tomaron parte Rosa Mendoza y los alumnos de la Sociedad Filarmónica, la Zamacoís, que cantó una aria de *Semiramis*, y el tenor Prats, que con la Srita. Clara Oñate cantó el *Miserere del Trovador*.

Al día siguiente, Gaztambide, aprovechándose de que el fracaso de la Civilí dejaba vacío el Nacional, anunció un nuevo abono de doce funciones, á que dió principio el 27 con *La Cisterna Encantada*. Siguió á ella *Los Dioses del Olimpo*, *La Hija del Regimiento*, *Galatea*, *La Conquista de Madrid*, *Un Sarao y una Soirée*, estrenada el 5 de Setiembre; *Luz y Sombra*, *El Diablo las carga*, *Campanone*, *El Joven Telémaco*, *Una Vieja*, *El Loco de la Guardilla*, y alguna otra. Para despedida definitiva, esa Compañía dió en la noche del 19 del dicho Setiembre, *Galatea* y el segundo y el tercer acto de *Los Dioses del Olimpo*. Nada tengo que decir de ese último abono de Gaztambide, sino que las *desnudeces* de *Galatea* y el *Can-cán* de *los dioses*, volvieron á ser aplaudidos con el entusiasmo de siempre, y que la Empresa se marchó renegando de no habérsele ocurrido al venir á México traer otras obras de Offembach.

En 26 de Setiembre el violinista Eusebio Delgado, que hacía algunos años habíase marchado á Europa con el objeto de perfeccionar sus estudios, se presentó en el Nacional en una función á su beneficio, y ejecutó varias difíciles piezas, que le valieron grandes aplausos. El 30, en el mismo teatro cantaron ante mínimo público la *Norma*, la prima donna Angela Chioni, Emilia Serrano, Grau, Loza,

Meneses y Restano. Mucho más digna de mención que esas dos funciones, fué la que con mucha anterioridad á ellas, dió la Sociedad Filarmónica; me refiero al concierto de música clásica dispuesto en la noche del 11 de Setiembre en el Salón de la Universidad antigua. Las piezas ejecutadas se entresacaron de las obras de Haydn, Beethoven, Schumann y Mengal, y fueron interpretadas con maestría por los profesores Melesio Morales, León y Semeleder en el piano; Aduña, Medinilla y Salot en los instrumentos de viento, y Delgado, Morán, Rivas, Guichené y Sauviné en los de cuerda. Este concierto fué muy aplaudido y celebrado por los inteligentes.

En cuanto á la mayoría de los que no lo eran, tuvieron grandemente donde divertirse al abrir el entendido empresario D. José Joaquín Moreno una nueva temporada de zarzuela en el Teatro Nacional: la primera función del abono se dió el 2 de Octubre con *El Juramento*, corriendo á cargo del aplaudido bajo cómico Ruiz el papel del *cabo Peralta*. A ésta siguieron entre otras zarzuelas más conocidas, *La colegiala*, desempeñada por la simpática Adela Serra; *Si yo fuera rey*, *El tío Caniyitas*, *Pipo*, estrenada el 14 de Octubre; *Las Amazonas del Tormes*, *El amor y el almuerzo* y *El Joven Telémaco*. El día 31, Moreno anunció y principió un medio abono de seis funciones, con la gran novedad de que en él tomaría parte nada menos que Amalia Gómez, que para aumento de su prestigio había llegado á México escapada y perseguida por gentes de Justicia: “alegraos, dice Altamirano en una de sus crónicas; alegraos, polluelos: la Gómez está aquí, con nosotros, en nuestro suelo. Bailando *can-cán* precisamente, escapóse del lado del Maestro Gaztambide, y voló en *alas del vapor* á su querida México, que le ha erigido un altar y que la recibe con beso de ternura. La historia de esta fuga esromancesca en alto grado, y aumenta los encantos de la Gómez, porque se ha portado como una heroína de novela. Parece que en la Compañía Gaztambide no reinó la más perfecta armonía durante su permanencia en Puebla, y que el Maestro y Carratalá llegaron á las manos. La Gómez, que también tuvo motivos de disgusto, cantó *Los Dioses del Olimpo*, bailó su *can-cán*, y al tercer día, y tomando todas las precauciones de una prisionera que emprende la fuga, metióse en un vagón y algunas horas después estaba en México y en ella se escondió. Dos días después un vástago de la curia *ángelopolitana* con toda la tiesura y majestad con que pinta Quevedo á sus alguaciles, armado de un exhorto, quiso prender á la fugitiva: pero, no sabemos cómo, el negocio se arregló sin necesidad de que interviniera la diosa *Themis*, y parece que pronto la veremos en la escena del Nacional.”

Con este motivo, volvió á enzarzarse la polémica entre los defensores y los enemigos del *Can-cán*, dando lugar á que el redactor de *Le Trait d'Union*, acudiendo en defensa de su patria, malamente ata-

cada por ser la cuna de ese lúbrico baile, dijese con sobrada razón: "París—decís vosotros—derrama su fango en el mundo; pero no veis que tomáis por París á Mabilie. Desde luego haremos notar que no son ni parisienses ni franceses los que han traído al Teatro Nacional esos brincos desenfrenados, esa exhibición de pantorrillas más ó menos postizas, esas contorsiones lascivas y provocadoras con que se alimentan los ojos de la multitud entusiasta. La mayor parte de las bailarinas cuyos desbarros coreográficos ha aplaudido el público de México este año, eran españolas y muchas mexicanas han procurado rivalizar con ellas. Estas declamaciones contra la Capital de Francia son injustas y ridículas. ¿Se ha visto jamás en París á las reinas del *Can-cán* profanar la escena del Teatro Francés ó el de la Opera? Las mujeres que pertenecen á la sociedad que se respeta, las jóvenes educadas en los principios de honestidad y de pudor, ¿se han encontrado jamás frente á frente de las bacantes que ejecutaban sus zarabandas descabelladas? No, sin duda. Semejantes espectáculos se encuentran solamente en las reuniones de contrabando, en que los viejos libertinos estragados van á buscar emociones. El Teatro Nacional de México es menos severo que los teatros similares de París." En esta última apreciación del periódico francés hay mucha justicia y exactitud. Lo triste, lo que nunca será bastante lamentado, es que en México, lo bueno como lo malo, lo honesto como lo indecente, lo sublime como lo ridículo, todo vaya á dar, todo por igual se exhiba en nuestro único primer teatro. Esto se remediará el día en que nuestros gobiernos comprendan que los primeros coliseos de una nación no deben pertenecer á simples particulares, necesitados de sacar renta al capital representado en su propiedad.

Lo cierto es que en esos días de Noviembre los espectáculos en la Capital andaban de capa caída: sólo el *Can-cán* y los bailes más ó menos lúbricos privaban en nuestros teatros; en el Principal eran las reinas y señoras únicas, como en el año anterior lo habían sido en Chiarini la *Pioquinta* y la *Chole*, las jóvenes actrices Florinda Camps, bonita cubana, que vino con la malograda Compañía de Bufos Habaneros, y la Pautret, graciosa rubia, procedente del llamado *Teatro de América* en el antiguo Seminario: en éste el gran atractivo era el *Can-cán*, bailado por infelices, que vestían, no el corto y esponjado traje de las artistas coreográficas, sino faldas ó *túnicos* largos y del día, que levantaban descocadamente para enseñar, hasta las ligas, las escuetas piernas entre los frenéticos gritos de aprobación de un público tan numeroso como mal educado.

En el Circo de Chiarini, en el patio de Gante ó del antiguo San Francisco, los empresarios y acróbatas Bell y Buyslai, establecieron también sus *tandas*, y en ellas exponían *cuadros vivos* de una perfecta desnudez, y grotescos bailes no mucho más decentes que los del

teatrito de América. Bell y Buyslai ofrecieron en 26 de Noviembre una función de obsequio al respetable viajero americano Mr. Seward, que se encontraba en México, "y en esa función—habla Altamirano—ocurrió un desagradable incidente: el payaso se presentó vestido de frac negro, con la cara pintada y teniendo en las manos la bandera nacional: la música comenzó á tocar la marcha *Zaragoza* y el payaso á recitar unos versos detestables en honor del héroe, versos tan disparatados, tan estúpidos, que provocaron un *ceceo* general y gritos de *fuera*, que obligaron al payaso á retirarse, produciéndose un escándalo que debió parecer muy incivil y nada culto al ilustre huésped de México."

Algunos días antes, el domingo 21, se dió en el Nacional el beneficio del galán joven Manuel Estrada, con una comedia de Juan A. Mateos, que la llamó *La intervención amistosa*. El Dr. Peredo, en sus Revistas Teatrales de *El Renacimiento*, juzgó así la comedia: "En la obra del Sr. Mateos, todo es inverosímil, desde el pensamiento hasta las situaciones. Inverosímil es, asimismo, la acción desde que comienza. Ninguno de los personajes es simpático, ninguno se hace amar del espectador, ninguno, por consiguiente, le interesa. Descuidado anduvo también en la forma el Sr. Mateos; no faltan en su obra versos duros, conceptos equívocos, expresiones sobrado vulgares, tal cual diálogo inútil. Por lo demás, en *La Intervención amistosa*, hay el germen de una obra de mérito; no faltan chistes oportunos, situaciones verdaderamente cómicas, finales bien preparados y que serían de mucho efecto, á tener el conjunto aquella armonía y enlace que son indispensables á toda obra artística, si ha de producir el sentimiento de lo bello."

A esta función siguieron otras, también de beneficio ó de obsequio; el 25 dió la suya Angel Padilla, en Iturbide, con la comedia *Oprimir no es gobernar*; el 2 de Diciembre siguió Poyo en el Nacional, con *El preceptor y su mujer*, la zarzuela *I Feroci Romani* y el sainete *Don Esdrújulo*. El 4, y en honor de Mr. Seward, fué cantada la ópera *Crispino e la Comare*, por Manuela Gómez de Pineda, que se hizo aplaudir mucho en un entreacto con la polka *Elisa*, del maestro Manuel Meneses. El 5 dió Ana Cejudo su función de gracia, con *Ardides de una mujer* y la jota de *El tá y el té* cantada por Amalia Gómez y Concha Méndez.

Despedida al fin la zarzuela de Moreno, que en 14 de Noviembre dió su última función con *Campanone*; moderado el furor por las *tandas*, los amantes del arte dramático, bien que escasos, pudieron regocijarse con el anuncio de que el acreditado actor Eduardo González, tan simpático á México, abriría en la primera quincena de Diciembre, y en el teatro Nacional, una temporada cómica. Su compañía la formó con lo mejor existente en México, en materia de artistas, es

decir, Pilar Belaval, la elegante dama, que así se distinguía en el drama como en la comedia; María de Jesús Servín, muy aplaudida en los caracteres dulces y tiernos; María Mayora, que interpretaba con naturalidad *las graciosas*; Merced Morales, el notable actor mexicano en quien iban reunidos el talento y la modestia; Muñoz, el simpático Muñocito, dueño del cariño del público desde su estreno en la Compañía de Carolina Civil; la Ramírez, graciosa y bella, y el galán joven, Alonso, del cual se hacían grandes elogios. Esa Compañía dió su primera función de abono, la noche del 12 de Diciembre, con la obra *Virtud y libertinaje* y la pieza *Para mentir, las mujeres*.

“Por fin, decía Altamirano, el arte dramático ha vuelto ha ocupar la escena, usurpada por tanto tiempo por la zarzuela y el *Can-cán*. Allí hemos vuelto á ver á Pilar Belaval, que hace llorar al público cuando quiere; á María Mayora, que le hace reír; á nuestra María Servín, la dama joven tan guapa, tan modesta y tan buena; á nuestro Morales, el distinguido artista mexicano; al pequeño Muñoz, tan notable en el género cómico, y á Rosario Muñoz, nuestra primera característica mexicana, y á Eduardo González, el estudioso actor, el buen caballero y el noble amigo. Sólo deseamos que el público no deje morir con su abandono á los que trabajan por restaurar el buen gusto en esta ciudad de México.”

Tales fueron las últimas palabras que acerca de nuestros teatros escribió el insigne Maestro Ignacio M. Altamirano, en sus amenas Crónicas Semanales de *El Renacimiento*, inmejorable periódico literario, que empezó y concluyó con el año de 1869. “El objeto á que aspiramos al fundarle —decía el Maestro en su despedida,— que fué el de impulsar el progreso de la bella literatura en México, se halla completamente realizado; el movimiento literario que se nota por todas partes, es verdaderamente inaudito, y al desaparecer nuestro periódico, los que hemos escrito en él, llevamos la satisfacción, que no querrá negarnos la justicia pública, de haber contribuido empeñosamente á favorecer ese movimiento por cuantos medios nos han sido posibles, luchando con las dificultades que en nuestro país todavía son grandes para que una empresa literaria tenga éxito, y no perdonando sacrificios que, en nuestra humilde posición, fueron de alguna cuantía.”

El distinguido literato, cuya nombradía han acrecentado los años, y es al presente más indisputable que nunca, tenía motivos para estar satisfecho de su obra. Entre tantos timbres gloriosos como le ennoblecen, uno de los más legítimos lo es, sin duda, *El Renacimiento*. En él proclaman su ciencia literaria, su buen gusto exquisito, su criterio imparcial y recto, sus bellas traducciones de los idilios de Gessner; sus composiciones *Al Divino Redentor*, *El Atoyac*, *La salida del Sol*, *Las abejas*, *En su tumba* y *Pensando en ella*; sus biografías de Di-

kens, Alcocer, López Cotilla, Fernando Orozco, Melesio Morales y Florencio del Castillo, y sus amenísimas *Crónicas de la Semana*.

Esas crónicas son y quedarán siendo siempre, el modelo de las revistas de esa especie entre nosotros. Quien desee darse exacta cuenta de la vida de México en ese año, no necesita más que recorrer sus crónicas llenas de movimiento, de color, de sana crítica, de profunda filosofía. Todo se halla allí diestramente retratado; las fiestas de fin y principio de año, los Domingos de la Capital, el Carnaval, la Cuaresma, la Semana Santa, los aniversarios patrióticos, las típicas distracciones de Noviembre con sus visitas á los cementerios. Sus referencias á nuestros espectáculos, á las zarzuelas de Albisu y Gaztambide, á los festejos en honor del maestro Morales, á los horrores del *Can-cán* y de las caricaturas de Offembach, á los triunfos y fracasos de la gran Civil, á los conciertos de la Sociedad Filarmónica, al Circo de Chiarini y á la Compañía dramática de González, rebosan buen juicio y admirable estudio. No son menos notables sus párrafos dedicados á la enseñanza primaria y á los establecimientos benéficos y útiles, escuelas municipales y de la Compañía Lancasteriana, hospicios é instituciones particulares.

Todo se encuentra allí registrado y estudiado en líneas breves, claras, precisas, con chispazos de genio. Algunas de esas revistas son únicas en su género, como las de las fiestas de Setiembre, con motivo de la inauguración de la línea de ferrocarril entre México y Puebla, efectuada el 16 de ese mes; es ella una sucesión de cuadros maestramente dibujados, en que se ven como de bulto la estación de Buenavista, el camino, el vagón de honor, las felicitaciones al Presidente en Apam, Santa Ana Chiautempan, Panzacola y la misma Puebla; las dificultades para los alojamientos y la esplendidez del alcanzado en el Palacio Episcopal, por atención del Sr. Canónigo Martiarena por los bohemios de la literatura y su querido jefe el Sr. Altamirano; nada más exacto y pintoresco que sus descripciones del baile en el Teatro de Guerrero, los banquetes en el Colegio del Estado, el del Gral. Alatorre, la Catedral, el palacio del Obispo, la Biblioteca, el jardín de la Plaza, los teatros y el regreso á México después de los deliciosos días pasados en la ciudad ángelopolitana. Es del mismo modo notable su revista de las fiestas de Noviembre y Diciembre en honor de Mr. Seward y su comitiva en Chiarini, en Chapultepec, en Palacio, en los demás teatros, y sobre todo, en el Nacional, que brilló como pocas veces con su suntuoso baile del 9 de Diciembre en obsequio al viajero americano.

Honran los dos tomos del *Renacimiento* las poetisas Soledad Manero con un *Delirio*; María del Pilar Moreno con *El tiempo que ya pasó*; Esther Tapia con *La Patria*, *A la Virgey Maria*, *El templo de la Inmortalidad* y *El Genio*; Gertrudis Tenorio de Zavala con *A mi Ma-*

dre, La virtud y la belleza; Manuela Verna con *Hoja seca y Flor marchita*; Isabel Prieto de Landázuri con *El Angel y El Niño, La Abuela, Una noche, A Víctor Hugo*, y sus traducciones del gran poeta francés, por este mismo celebradas y aplaudidas cuando años después la misma poetisa las presentó en París al insigne autor de los originales.

La llegada de esta eminente poetisa á México fué una gran fiesta para la bohemia literaria de la Capital, que presidida por el Maestro fué en cuerpo á visitarla el domingo 5 de Setiembre de 1869, fecha inolvidable para el autor de este libro. Hé aquí cómo Altamirano habló de ello en su Crónica del 11 de ese mes: "Hace ya cerca de una semana que llegó á México la distinguida poetisa jalisciense D^a Isabel Prieto de Landázuri, acompañando á su esposo el Sr. D. Pedro Landázuri, que viene á tomar asiento en el Congreso general. Tal noticia causó el mayor placer á sus admiradores y amigos, porque Isabel es una de esas joyas raras que se honra un país en poseer. El domingo, un grupo de escritores y literatos, entre los que tuvimos el honor de contarnos, se dirigió á la Ribera de San Cosme, donde está el alojamiento de la ilustre dama, y fué á darle la bienvenida y á ofrecerle los homenajes debidos á su talento y su nombre. Isabel nos recibió con exquisita finura y amabilidad, y los que no la conocían quedaron encantados al ver que no habíamos exagerado al asegurarles que la modestia de la poetisa rayaba en humildad, lo cual es una virtud más que resplandece en la guirnalda que cifre su inspirada frente."

Verdadero repertorio de la literatura de esos días, *El Renacimiento* registra los nombres de los más distinguidos escritores mexicanos al pie de bellos artículos en prosa ó de inspiradas composiciones en verso. De Gonzalo Esteva están allí sus pequeñas novelas *Amor que mata, Elena, María Ana, y Angela*; sus artículos descriptivos de Alemania, Bélgica y Jalapa; sus composiciones *Tú y Yo, Melancolía, Angela y La Conversión de Omar*. Su hermano Roberto contribuyó con su novela *Una pasión italiana* y sus poemas *La flor y la mariposa y Elegía*. José T. de Cuéllar con sus descripciones de *El Real de Catorce, Santa María del Río, Ojocaliente y Guanajuato*, y sus composiciones satíricas *El Pollo y la Polla tempraneros*, Manuel Flores con su *Jamás*, imitado de Campoamor, *Mis sombras, Despierta, Un beso y Adiós á Jalapa*. D. Manuel Orozco y Berra dió para el *Renacimiento* sus valiosos artículos sobre la *Acuña en México*, y su curioso catálogo de *Conquistadores de México*.

De Luis Gonzaga Ortiz, el príncipe de los poetas eróticos mexicanos, el ameno y entretenidísimo cronista, el buen amigo y el fino caballero, se incluyen allí artículos descriptivos tan galanos como el de *Tívoli*, y poemas tan tiernos, tan dulces, tan populares entre las da-

mas y los enamorados como un *Adiós, Mi deseo, Balada, Una gota, Isabel* y su bellísima traducción de la *Primera Egloga*, de Virgilio. El Dr. Manuel Peredo, maestro en el manejo del idioma, correcto como los más eximios prosistas españoles, ilustrado y sereno crítico, también dejó en *El Renacimiento* insuperable ejemplo de cómo deben escribirse las revistas de teatro y juzgarse el mérito de los autores dramáticos y encaminarse por recto sendero el gusto público. Entre sus trabajos poéticos allí publicados, brillan con los fulgores del genio, su traducción de *La Pasión de Jesucristo*, de Metastasio, la magnífica de un fragmento del Canto XXXIII de *El Infierno* del Dante, sus odas *A la noche y A la gratitud* y su sátira *El Can-cán*.

Francisco Pimentel, acredita sus vastos estudios y profundos conocimientos con su *Biografía de Sor Juana*, y su *Descripción sinóptica de algunos idiomas indígenas de la República*: lo mismo debe decirse del ameritadísimo Ignacio Ramírez con sus *Estudios sobre Literatura*, insertos en las páginas del notable semanario.

De Justo Sierra, el poeta magnífico y grandilocuente orador y escritor en prosa, figuran allí sus bellos artículos *Cristal de Bohemia, Vigilia, Gólgota, La Cascada de Tizapam, Lamartine, La Sirena, Castelar y Un episodio de la historia de los Reyes Católicos*: de su digno y malogrado hermano Santiago, cuya pérdida nunca será bastante lamentada por sus amigos y por las letras, se leen en *El Renacimiento* sus artículos *La caza del tigre, No me olvides, Sirio y las Pirámides de Egipto*, y los poemas, *El rey de los duendes, Oda á la Paz, Violetas, La flor de la inocencia y Libro del alma*.

José María Roa Bárcena adorna algunas páginas con un meditado estudio y juicio crítico de las poesías de Casimiro del Collado, y sus composiciones *Duelo doméstico, Graziella, Paisaje*, y sus primorosos sonetos, *A un arroyo, La lluvia, Un árbol*, y alguna otra escogida perla de su talento reservado y simpático.

Compiten con los más exactos y pintorescos los cuadros de Eduardo Ruiz, descripción de Pátzcuaro, su lago y las ruinas de Huíhuatzio. Sebastián Segura firma estimables traducciones de parábolas de Krummacker, de la *Canción de la Campana*, de Schiller; *El sueño de Caín, El buen pastor, El buzo, El guante, La joven forastera y Fantasma fúnebre*.

Como sería demasiado largo entrar en mayores detalles, habremos de contentarnos con saber que en otras páginas de *El Renacimiento* figuran los autores y composiciones en prosa ó verso siguientes: Valentín Ulink, *Origen de la imprenta, Curiosidades bibliográficas*; Rafael Zayas Enríquez, *Joanusberg, La Jarocha, Rocío de primavera, La maldición del bardo*; Manuel Acuña, *Ya verás, Ya sé por qué es, doloras*; José María Bandera, *La Luna, Ayer y hoy, Amalia, A mi hija Olimpia, Oración del Huerto, Religión Cristiana y Su serenata*; Casi-

miro del Collado, *Jesús, Vehemencia*; Alfredo Chavero, *Oda al Dante*; Antonio Domínguez, *La casa de amor*; Esteban González Verástegui, *La coqueta y la abeja, La tertulia de los animales*, apólogos escritos con mucho ingenio y gracia; Ricardo Ituarte, *El León* y una traducción de *El lago*, de Lamartine; Martín Jáuregui, *Mi corazón y mi alma, A Victor Hugo en la muerte de su hijo*; Ignacio Mariscal, *El cuervo*, de Edgar A. Poe, traducción de muchísimo mérito por lo castizo del lenguaje, por lo fácil de la versificación y por la exactitud con que conserva las ideas y aun los giros propios del original: Juan A. Mateos, *La flor del jazmín, Rosas hermanas*; Ignacio Montes de Oca, *Niobe, y La fiebre á bordo*, sonetos espléndidamente bellos, dignos de poeta tan egregio; Julián Montiel, *El Salto de San Antón en Cuernavaca, Recuerdos de la Niñez*; Manuel Olaguíbel, *Mi tumba, Glosa de una copla de Jorge Manrique*; Guillermo Prieto, *En su jardín. Un baile*; José Rosas, el dulce y amable amigo de los niños, *En la tumba de Juan Valle, Moisés en el Nilo, A Elisa*; Alfredo Torroella, *La balada de los desterrados*; Francisco Villalobos, *El amor muerto*; Juan Clemente Zenea, *En el mar, y Degradación*; Ignacio Cornejo, sus muy curiosas *Efemérides mexicanas*; Emilio Rey, su novela *Amor de Angel*, y otros varios con diversas recomendables composiciones.

Los dos tomos de *El Renacimiento* están ilustrados con buenas estampas litográficas representando *Antigüedades de Jonuta*; las *Cascadas de Tivoli*; *Heidelberg* y su *Gran Tonel*; la *Cascada de Tizapam*; el *Puente de Santa Cruz* en el ramal férreo de Puebla; *Jalapa*; la *Cascada de Regla*; el desastre ocurrido el 17 de Junio en la línea del Ferrocarril de Veracruz, en el punto llamado la *Barranca del Muerto*; el *Puente de Metlac*; el desastre á su turno acontecido en el Ferrocarril de Tlápam, llamado por sus frecuentes descarrilamientos y por lo mucho que de él hacía hablar, *La Burra de Balaam*, apenas trascurrido un mes de la catástrofe de la *Barranca del Muerto*; el *Volcán de Colima* en erupción; un cenador del Tivoli de San Cosme, llamado *El Robinsón*; *Cuernavaca*; retratos de *Carlos Dickens, Vidal Alcocer*, ilustre propagador de la instrucción pública y fundador de las escuelas de la Sociedad de Beneficencia; *Manuel López Cotilla*, apóstol jalisciense de la civilización; *Fernando Orozco*, distinguido autor de la bellísima novela *Guerra de Treinta años*; *Rafael Roa Bárcena*, autor de notables obras de abogacía y de las amenas *Cartas á Josefina*, vulgarizando los fenómenos y bellezas físicas, los secretos de artes y mecánica y los preceptos de la más sana moral; *Hernán Cortés*; *Melesio Morales*; *Lamartine*; *Carolina Civili*; *Castelar*; *Florencio M. del Castillo*, immortalizado por sus bellísimas leyendas *El cerebro y el corazón, La Corona de Azucenas, Hasta el cielo y La Hermana de los Angeles*, que le han valido el ser llamado el Balzac de México.

En el mismo periódico literario publicó Justo Sierra su novela *El*

Angel del Porvenir, que no se encuentra en ninguno de los dos tomos por haberse impreso en pliegos separados para facilitar su encuadernación independiente, y el Maestro Ignacio Altamirano dió también allí al público su interesante novela *Clemencia* que, como vulgarmente se dice, cierra con broche de oro aquel importantísimo semanario de literatura, al que unieron sus nombres, por sus esfuerzos y empeño en sostenerle, los entendidos editores mexicanos Díaz de León y White.

La última lámina litográfica del *Renacimiento*, dió el retrato del insigne escritor y periodista D. Francisco Zarco, muerto en México á las 6 y media de la mañana del 22 de Diciembre de 1869, con duelo general, unánime, de cuantos en él admiraron al verdadero patriota, al sincero liberal, al incomparable periodista y al distinguidísimo literato.

Sin duda podrán producirse mejores semanarios de literatura que *El Renacimiento*, cuando México cuente con mejores hombres de letras que los fundadores y mantenedores de aquél; pero hasta hoy ninguno le ha superado, ni en la cantidad de firmas distinguidas, ni en la calidad de los escritos, casi en su totalidad esencialmente nacionales y suscritos por hombres de todos los campos políticos, desde aquel que produce obispos, hasta aquel en que han desplegado su fanatismo liberal, no menos dañoso que el retrógrado, los libre-pensadores.

El Renacimiento fué un verdaderamente neutral palenque en que desplegaron sus opuestas divisas y sus contrarios colores, los paladines de todas las comuniones políticas y religiosas, para retirarse, una vez terminadas las justas, todos amigos y todos satisfechos de haber, en la medida de sus fuerzas, fomentado la literatura y hecho honor á la patria.

CAPITULO VIII

—
1870.

Al dar principio el año de 1870, trabajaban con varia fortuna, en el Teatro Hidalgo, una modestísima Compañía Dramática; en el de Iturbide la de Juan Martínez, Felipe Ríos y Sofia Calderón, hija del ilustre poeta autor de *El Torneo*; en el Circo Chiarini, los acróbatas dirigidos por José Camilo Rodríguez y los hermanos Buyslai, y en el Nacional, el muy estimable cuadro de Eduardo González. Todos ellos